

## Juan Portillo García (1943-2002)

Lauro Gandul Verdún y Olga Duarte Piña  
Miembros de la Asociación «Padre Flores».

El libro es de 1985. Se titula: «MANUEL GARCÍA MATOS/*Mi vida, mi obra y mis recuerdos*» El prólogo es una carta de José María Rubio Rubio al maestro Matos, fechada en la primavera de ese año, que empieza con una cita de Miguel de Unamuno: «sumido en la niebla de la vida...» El libro está escrito en primera persona. Su última hoja la firma el músico y en ella podemos leer: «Quiero mostrar mi agradecimiento desde estas páginas al doctor Juan Portillo que tras largas y laboriosas entrevistas y fiel a cuanto yo le conté, plasmó mis recuerdos en este libro.» Esto último («...plasmó mis recuerdos en este libro.») nos deja algo parecido a un eco en la cabeza que perdura más allá de la lectura de la obra. Un eco que llega definido rotundamente por la niebla y por la duda. No podemos dejar sin transcribir el poema de Vicente Núñez: «No está en mí la palabra,/ la palabra está en ellos./ Si no es otra, ¿qué vale/ la palabra? No es tuya./ Sólo suena una sangre/ si sonora es contigo./ Canto mudo en el verbo/ que es mío siendo de alguien.» Sentimos exactamente que este libro es de Juan Portillo porque es del maestro Matos. Su único libro.

Siendo muy chico, nos cuenta su prima Carmela, en la casa se sabía que leía muy bien y que escribía sin ninguna falta de ortografía. Aprovechaba el tiempo enseñando a leer y a escribir a muchachas del servicio porque algunas venían del campo y eran analfabetas. Sor Catalina, su primera maestra, supo enseñarle no sólo a leer y a escribir sino a redactar antes de matricularse en los salesianos. No faltaron nunca libros en la casa y los había que eran adaptaciones de novelas de Julio Verne, Salgari, Daniel Defoe, Conan Doyle, Jonathan Swift, Roberto L. Stevenson,... que el padre compraba, y muchos tebeos. Leía con fruición aquellas publicaciones, pero la lectura como acto vital, como forma de vida, quizá se empezara a conformar durante los meses de cama y de reposo que tuvo que guardar por una pleuritis que sufrió a los nueve años. Durante ese tiempo Juan aprovechó intensamente para viajar, soñar, imaginar, concebir..., y aprender a ver los mundos que se le abrían, entre las páginas de los libros, a través de las palabras impresas.

En los salesianos don Isidoro, sacerdote y licenciado en Historia, le inculcó el estudio de ésta y de la buena literatura. Este cura ilustrado le hizo descubrir la realidad de las bibliotecas como categoría, como ámbito específico del espacio de los libros, donde podía buscar los ejemplares que no tenía en su casa, donde podía encontrar, incluso, los libros que no buscaba: lugares del mundo suscitadores de fascinación y entusiasmo. Otro maestro fue don José Guerra, que le abrió las puertas a la cultura, a la literatura y a la lengua francesas hasta el punto de que Juan llegó a pensar en estudiar lenguas modernas y convertirse en intérprete, según nos refiere su hermano Rafael. Aunque acabara licenciándose en Medicina y ejerciéndola durante toda su vida como analista y hematólogo, además, seguiría leyendo y estudiando francés siempre.

Siendo estudiante universitario en Sevilla empezó a frecuentar librerías y a adquirir los opúsculos que publicaba la editorial Escelier en su colección «Teatro». Juan compraba aquellos libritos con el dinero de los muchos desayunos que sacrificaba. Después de Juan, los primeros que los leían eran Rafael y sus amigos, así que Paso, Mihura, Neville, Llopis, Calvo Sotelo, Sastre, Buero Vallejo,... y también Miller, Williams, Durremat, Arrabal, Frix, Wesker,... se daban la vuelta por Alcalá de mano en mano, de casa en casa. Esa relación con la lectura de teatro le llevó a experimentar con el subgénero dramático del «teatro leído». Así los actores se sentaban alrededor de una mesa, cada uno con una lamparita que encendían cuando les tocaba su parte de texto. O en la emisora parroquial, auspiciada por don Francisco el cura, donde Juan tenía su propio programa literario y de iniciación a la lectura, en su variedad de teatro radiofónico. Era por aquellos años (mediados de los sesenta) cuando dirigió una serie de piezas teatrales: *El patio*, de los Álvarez Quintero (septiembre de 1963), *Me casó mi madre*, de Arniches (enero de 1964), *Melocotón en almíbar*, de Mihura; que se estrenaron en el Gutiérrez de Alba. Nos cuenta Rafael que el grupo de actores lo formaban jóvenes, que frecuentaban entonces la parroquia de Santiago.

En 1966 pasó las navidades en París. Allí conoció a una bella joven llamada Aldona, quien le inició en el mundo de la etnografía y del estudio de las culturas no occidentales. Su gusto por la escultura africana nace de aquella estancia parisina. Ya en los setenta se aficionaría aún más a los viajes y visitaría los más importantes museos de Europa. En aquellos años Juan se impregnó de la pintura y de la escultura clásicas y se aficionó a los objetos antiguos, al coleccionismo y a la restauración de obras de arte. Portugal era uno de sus países preferidos y el oporto añejo su vino predilecto. Lola Gandul, su viuda, nos habla que, nada más triunfar la revolución de los claveles, Juan marchó a Lisboa con un amigo a vivir de cerca lo que estaba ocurriendo allí.

Cultivó la amistad de los pintores: Babel, Ignacio del Río, Barranco, Pepe Corzo, Antonio Bulnes, Luis Romera, Recacha, Rafael Luna, Hermida o Manuel Domínguez Guerra. En su casa cuelgan de las paredes obras de muchos de ellos y también de Sánchez Perrier, Capuletti, Bacarisas o Ressendi. No era extraño que le visitaran doctorandos de Arte o de Filosofía y Letras para consultarle sobre alguna cuestión, y siempre estuvo dispuesto para ellos y los atendía con detalle. Quería escribir sobre Ressendi una obra ambiciosa que quedó en proyecto y en unas horas de grabación magnetofónica de conversaciones con aquellos que conocieron al genial pintor alcalaño.

Fue en 1994 cuando por iniciativa de Juan Portillo García se constituyó la Asociación Andaluza de Exlibristas. Para Pablo Ferrand Augustín, Juan es el «verdadero impulsor del renacimiento exlibrista en Andalucía (...) Pero todavía pasaría algún tiempo hasta que en el año 2000 se culminara ese sueño largamente deseado, que para Portillo fue el nacimiento de EXTAMPA, la revista de la asociación (...) la única revista en el mundo sobre exlibris en lengua española». En una entrevista para La Voz de Alcalá, en julio de 2000, Juan Portillo explica, para aquellos que ignoran lo que es un exlibris, que éste se define como «una etiqueta o sello grabado que se estampa en el reverso de la tapa de los libros en el que consta el nombre del dueño o el de la biblioteca a la que pertenece el libro. No es una estampita como creen algunos, es una estampación que refleja la personalidad del exlibrista». Con José Miguel Valderrama Esparza (actual presidente de la asociación) consiguió editar los tres primeros números de EXTAMPA, y es éste quien continúa hoy la labor de edición (el número 7 será presentado en junio).

Para Susan Sontag la verdadera comunidad literaria está conformada por tres sujetos: el escritor, el profesor y el lector. Sin los tres no existe sociedad literaria y los tres, interrelacionados e intercomunicados, son, por extensión, representativos de la

sociedad toda, convocada en torno al hecho literario, el ámbito por antonomasia de las palabras. Por ahí anduvo Juan siempre llenándose de ellas, del sentimiento, de las ideas, de las imágenes que alojan. Como narrador oral, como conversador, como lector del monólogo de otros y hacedor del suyo propio, igual que esos países sin territorio, con lengua, historia, mitología y religión, pero sin territorio, Juan se nos fue habiéndonos dejado por escrito sólo el libro del maestro Matos y un puñado de artículos repartidos entre distintas publicaciones. Si tuviéramos que ponderar la obra oral de Juan, tal vez concluyéramos con más acierto su legado, su trascendencia pública. Si añadiéramos las muchas personas que a través de él y con ocasión de las actividades que sostenía ante los demás se conocieron y se motivaron para crear y difundir la cultura, el arte, el conocimiento se tendría una percepción clara de las necesarias funciones que asumió por voluntad y por deber y que todos hemos de agradecer. Afortunadamente no es difícil seguir su rastro vital a través de la memoria de tantos que le conocieron y quisieron. También, si se sabe buscar, puede ser hallado en las bibliotecas o en las hemerotecas. En su casa está por todos lados.